



REDEFINIENDO LO COMÚN A TRAVÉS DE UNA NUEVA CULTURA DEL RECONOCIMIENTO

LUIS CAMPOS¹, MARÍA INÉS SILVÁ²

¹ Sociólogo, Universidad de Chile, 2003. Máster en Ciencias Sociales, EHESS París, 2006. Doctor en Sociología, EHESS París, 2011. Profesor del Magíster en Gestión Cultural, Universidad de Chile.

² Periodista de la Universidad Católica de Chile, Master en "Patrimoine, Culture et Développement" por la Universidad Paris 3 Sorbonne Nouvelle, y candidata a Doctora en "Sociologie de la Culture" por la Universidad Pierre-Mendes France. Profesora del Magíster en Gestión Cultural, Universidad de Chile.



@Cagliostro Cinema

Lo que hemos vivido en los últimos meses en Chile, a contar del 18 de octubre, no es sólo un “estallido social”, como ha sido enunciado de forma recurrente. Ha sido también una movilización ciudadana sistemática que busca generar una transformación cultural en un sentido profundo.

Son muchas las demandas y aspiraciones sociales planteadas en estos meses, respecto de las cuales la mayoría de las y los chilenos tienen conciencia de la adecuación y la urgencia. El listado es largo y no es necesario repetirlo aquí. Lo que sí nos interesa destacar es que, de la mano de ese extenso listado de exigencias para alcanzar un nivel de vida medianamente aceptable, medianamente digno, aparecen voces organizadas

que relevan la necesidad de hacer un cambio en nuestra vida en común. Una transformación que modifique la manera en que nos articulamos como colectivo, como sociedad. Una transformación que modifique los cimientos culturales de nuestra convivencia.

Esa transformación se ha vuelto visible a través de innumerables escritos en las calles. Porque, como se ha dicho insistentemente, “la calle habló”. La calle habló, leyó y escribió, y entre esas escrituras insurrectas es posible encontrar desde el fundamental “No + abusos”, hasta el declarativo “Chile despertó” y el estridente “Asamblea constituyente!”. Pero esa transformación también se ha vuelto audible en la conversación desplegada por miles de personas en innumerables



@Cagliostro Cinema

cabildos ciudadanos. Muchos de ellos auto-convocados. Muchos de ellos bastante rudimentarios. Todos con una motivación profunda: hacer de Chile un mejor país para vivir, recomponiendo el tejido social, nuestra vida en común.

Las conversaciones de esos cabildos, detonadas muchas veces a través de la pregunta por “¿cómo llegamos a esta situación?”, se han instalado inicialmente en una reflexión acerca de quiénes somos, cómo vivimos y cuáles son las maneras en las que cada uno contribuye al bienestar colectivo. Vale decir, una reflexión fuertemente identitaria que nos ha obligado a pensar en quiénes somos y en lo que nos hemos convertido. Pero también en quiénes son los otros y de qué forma nos hemos vinculado con ellos.

Esta última es una clara indicación acerca de la relevancia que adquiere en nuestros días el

reconocimiento. En efecto, la reflexión de los cabildos ha indicado que hay muchos grupos que no tienen existencia pública, a los que se ha invisibilizado de manera sistemática y cuyas existencias no gozan de la misma legitimidad que otras. La conversación, entonces, ha constatado que, junto con la urgencia de nuevas garantías sociales (AFP, educación, salud, salario mínimo, etc.), es necesario estipular una nueva forma de trato, una que garantice igualdad de derechos, que nos reconozca a todos como sujetos de igual valía y que no condicione las prestaciones sociales que se está exigiendo a nuestra adaptación a formas de hacer y de aparecer estandarizadas, o a nuestro disciplinado acatamiento de la norma. No. El reconocimiento buscado es uno que acepta la diferencia, que cuida la singularidad, que respeta la disidencia.

Es un reconocimiento que favorece una nueva delimitación sensible de la comunidad,



@Hugo Angel

puesto que rompe con las jerarquías de visibilidad existentes, esas que ordenan a mujeres y hombres; que relegan a los pueblos originarios; que ocultan a las disidencias sexuales; que siguen despojando a los más pobres de sus territorios. Pero, junto con intervenir sobre esas visibilidades, apunta a re-distribuir las capacidades de acción y decisión, porque no sólo busca que la élite pueda ver a dichos colectivos, sino que aspira a que éstos tengan verdadero poder para incidir en la vida en común, equilibrando el poder sin contrapeso que esa élite ha tenido por años... Participar en la producción de la con-vivencia.

Esta nueva forma de reconocimiento requiere de una nueva forma de componer sujetos y de articular colectivos. Tal como hemos sugerido: una forma mejor sintonizada con los aspectos sensibles, inspirada en una ética del cuidado, que otorgue valor

al encuentro con la alteridad. Pero, también, una que insista en la simetría. En este punto los cabildos han reiterado lo fundamental que es la horizontalidad de la conversación y se han articulado desde abajo. De esta forma, con su operar más básico han disputado las jerarquías habituales, los modos organizativos inspirados en la eficiencia, reiterando la necesidad de terminar con la condescendencia y el miserabilismo. Reafirmando que todos tenemos las habilidades para actuar y las competencias para decidir; que todos tenemos igual derecho a participar de la vida en común y beneficiarnos de ella. ■